

## INTRODUCCIÓN

*La historia de la espiritualidad es una historia de amor...*, de una íntima y maravillosa relación de amor: la historia del Amor de Dios por los hombres y de los hombres por Dios. De cómo Dios Uno y Trino, que es Amor, no ha cesado de volcar su infinita capacidad de amar en la humanidad en su conjunto, y en cada hombre y mujer en particular; y de cómo la familia humana y cada persona en singular han procurado, y conseguido tantas veces, responder a ese Amor hasta entrar –muchísimos de ellos y ellas– en la infinita y definitiva intimidad de Amor con Dios.

Se comprende enseguida que esa historia, tal cual, es imposible de escribir. El Amor de Dios, en sí mismo y en sus manifestaciones históricas, es un misterio insondable de una infinita riqueza, que apenas podemos atisbar con la luz de la fe; y la respuesta de los hombres, apoyada en la participación en ese mismo Amor divino que Él nos ofrece, es tan variada y rica como lo es la capacidad de amar del corazón humano divinizado, de millones y miles de millones de corazones humanos...

Se necesitan, pues, unos objetivos mucho más modestos, al escribir una historia de la espiritualidad; y más todavía cuando se trata, como en este caso, de un manual introductorio, de una primera aproximación, suficiente pero asequible, a la materia.

Una primera concreción de nuestros objetivos nos lleva a hablar sólo de *espiritualidad cristiana*; es decir, de cómo se ha vivido y presentado históricamente esa relación de amor entre Dios y los hombres en el caso de los bautizados, y más concretamente en el seno de la Iglesia católica. Haré referencia a cómo afectaron a la espiritualidad los cismas de Oriente y Occidente, pero un desarrollo mayor de las diversas espiritualidades cristianas no católicas alargaría en exceso el li-

bro. Sí conviene subrayar que, gracias a Dios, el ámbito de lo espiritual es, en estos momentos, uno de los terrenos más vivos, más fructíferos y más prometedores en el acercamiento ecuménico de todos los que seguimos a Jesucristo.

No se incluye, por lo dicho, un estudio de la historia de la espiritualidad judía, musulmana, etc., a pesar de su interés. Ni tampoco he querido presentar una síntesis de espiritualidad bíblica como hacen otros tratadistas; aunque en este caso por un convencimiento personal de tipo teológico: lo que se suele denominar «espiritualidad bíblica» no me parece propiamente una primera fase de la historia que aquí nos ocupa, sino algo que permea toda esa historia y sus manifestaciones, con una enorme variedad y riqueza que trasciende la misma historia y la llena a la vez. La espiritualidad bíblica, más que ser el arranque de una historia de la espiritualidad, debe estar presente, a mi juicio, en toda ella, porque así ha sucedido históricamente y seguirá sucediendo<sup>1</sup>.

Pero estas concreciones y limitaciones no bastan. Para estudiar a fondo una historia de la espiritualidad cristiana, lo ideal sería poder penetrar en el alma de cada cristiano que nos ha precedido, en las vicisitudes espirituales de cada familia, de cada grupo, de cada época, de cada lugar, de cada forma de vida y expresión... Pero de nuevo debemos contentarnos con mucho menos: con lo que las fuentes históricas, sobre todo escritas, nos han dejado.

Esas fuentes, lógicamente, suelen centrarse mucho más en las personas, instituciones, acontecimientos, escritos, etc., que más han influido en la propia historia. En nuestro caso, esto nos conduce, sobre todo, a las vidas, experiencias, enseñanzas, fundaciones e influjo de los santos y santas; ya que en ellos y ellas, con sus defectos y sus luchas, encontramos caminos de santidad garantizados y confirmados: contemplamos particularmente las maravillas que puede obrar el Amor divino cuando un alma llega a ser suficientemente dócil a la gracia de Dios.

Santos son todos los que están en el cielo: un número incontable, y personas anónimas en su gran mayoría. Pero entre ellos son ya bastan-

1. Comprendo los motivos que han llevado a un buen número de historiadores de la espiritualidad a incluir una primera parte dedicada a la espiritualidad vetero y neotestamentaria, pero me parece que esos estudios cuadran más en el campo de la exégesis y la teología bíblica que en el de una historia. De todas formas, en nuestro capítulo inicial, dedicado a los primeros cristianos, se han tenido muy en cuenta los datos de tipo más histórico que ofrecen los escritos neotestamentarios. En cambio, la doctrina espiritual bíblica está presente en el libro entero, como fuente principal de todas las experiencias y enseñanzas espirituales de todos los tiempos y tendencias, pues toda espiritualidad verdaderamente cristiana es profundamente evangélica y bíblica.

tes los que la Iglesia ha beatificado y canonizado oficialmente; y entre éstos, a su vez, un buen número nos han dejado escritos y enseñanzas, fundaciones e influjos perdurables, de los que hay suficientes testimonios de primera mano, documentación fidedigna, etc.

A ellos se añaden otros maestros, fundadores o personas de categoría humana y sobrenatural que, por distintos motivos, no han alcanzado todavía o no alcanzarán nunca oficialmente los altares, pero cuya importancia histórica en nuestro tema es también conocida y valorada; así como las instituciones, movimientos, escuelas, ideas, tendencias, etc., vinculados a todos ellos.

No han faltado tampoco, en la historia de la espiritualidad, errores, desviaciones prácticas, intentos o tanteos fallidos, que, sin juzgar las intenciones y los corazones, no han sabido entrar en sintonía con el verdadero Amor de Dios y ofrecer a los cristianos un camino espiritual con suficientes garantías.

Todo este material –riquísimo e interesantísimo desde muchos puntos de vista, a pesar de sus limitaciones– constituye la fuente principal de cualquier historia de la espiritualidad. Sin embargo, los límites de una síntesis histórica como ésta nos obligan a seleccionar todavía más, dentro de esas fuentes, y a tomar algunas opciones, sin duda discutibles.

Concretamente he procurado mantener un equilibrio entre una presentación no exhaustiva, pero sí suficientemente rica de personas, libros, instituciones, movimientos y tendencias, y un análisis de cierto detalle de lo que me parece más significativo y representativo en cada época. Pretendo, de esta forma, que el lector y el estudiante tengan, al menos, una pequeña referencia de un buen número de datos, que puedan luego completar a su gusto con la bibliografía especializada; y al mismo tiempo, que conozcan con mayor detalle y profundidad algunas de las personas, doctrinas y acontecimientos más decisivos.

Además, he tendido a centrarme particularmente en las personas y en los escritos; es decir, en los principales doctores y maestros de la vida espiritual –entre otros, los proclamados oficialmente como doctores de la Iglesia–; pues me parece que, al nivel introductorio propio de este manual, es lo que más interesa dar a conocer lo más asequible y lo más provechoso para el lector. Soy consciente, sin embargo, de las lagunas y desventajas de esta opción.

Me hubiera gustado, por ejemplo, poder extenderme mucho más sobre lo que podríamos llamar la vida espiritual de los «cristianos corrientes», en cada uno de los periodos históricos. De hecho, se comprobará que he intentado abordar este tema en los lugares oportunos. Pero en la práctica las fuentes para ese estudio son escasas, y difíciles de

analizar y valorar. Es bien sabido, además, y se comprobará enseguida, que la historia de la espiritualidad cristiana se ha movido, durante siglos, fundamentalmente al son de la vida religiosa: monjes, órdenes mendicantes, etc.; y que son comparativamente pocos los laicos canonizados, o al menos conocidos públicamente como santos, modelos y maestros de vida espiritual, aunque los haya en todas las épocas y su número esté aumentando particularmente en estos últimos años.

De todas formas, el seleccionar a algunas figuras, escritos, instituciones o movimientos selectos no significa presentar hechos aislados. Ha sido precisamente la vida espiritual de miles de cristianos anónimos –de muchos millones, en bastantes casos–, alimentada por esos santos, escritos y fundaciones, la que ha hecho por sí misma, históricamente, esa selección, y la sigue haciendo. Dicho de otra forma, al estudiar vidas o enseñanzas concretas, estamos estudiando algo mucho más amplio y vasto, que alcanza a toda una época y, en bastantes casos, a toda la Iglesia y a toda su historia.

En cuanto a la sistematización, he dividido el estudio histórico de todos estos aspectos de la vida espiritual cristiana en once capítulos, que corresponden a diez periodos de tiempo (el siglo XVI tiene dos capítulos). Para ello, he tenido en cuenta la simple cronología de los siglos –bastante orientativa en nuestro caso, como se irá comprobando– y las divisiones clásicas de las historias universal y de la Iglesia (edades antigua, media, moderna y contemporánea), pero matizando y especificando todo ello de acuerdo con los principales hitos de la misma espiritualidad cristiana.

Así, en lo que podríamos llamar edad antigua, he distinguido dos periodos (siglos I-III y IV-V respectivamente) diferenciados, desde nuestro punto de vista, por el fin de las persecuciones sistemáticas contra la Iglesia y el nacimiento de la vida monástica.

En la edad media, por su parte, se distinguen: los primeros siglos (VI-X), como periodo de transición; los siglos centrales (XI-XIII), llenos de especial vigor espiritual y doctrinal, separando a su vez el siglo XIII (clave en la historia de la espiritualidad por varios motivos) de los inmediatamente anteriores; y el periodo final o baja edad media (siglos XIV-XV), época de nueva transición y numerosos contrastes.

En la edad moderna, el siglo XVI (quizá el más importante y rico de la historia de la espiritualidad hasta el momento) ha merecido un tratamiento específico, en dos capítulos, mientras los siglos XVII y XVIII, menos ricos, forman una unidad en su propio capítulo.

Para la época contemporánea, más compleja de estudiar y periodizar como veremos, he optado por distinguir dos periodos: el siglo XIX

con una pequeña entrada en el XX, y la parte central del último siglo hasta el Concilio Vaticano II, con un intento final de balance de los últimos decenios. La falta de perspectiva histórica suficiente y la escasez de buenos estudios sobre una época tan cercana a nosotros, me ha llevado a no aventurarme en este último terreno, con reflexiones que serían impropias, además, de un trabajo no especializado como éste.

De todas formas, estas divisiones son fundamentalmente orientativas y metodológicas, y no pretenden condicionar decisivamente su contenido, que es lo más importante. De hecho, la historia de la espiritualidad cristiana se puede caracterizar, frente a la historia de muchas otras manifestaciones de la vida de los hombres sobre la tierra, por su gran continuidad y sus numerosas constantes, en las que haremos lógico hincapié a lo largo de nuestra exposición.

A pesar de todas estas opciones y reducciones, me parece que puedo garantizar que *todos los que están, son*: hay magníficos y deslumbrantes tesoros de intimidad de amor con Dios, y de frutos apostólicos de ese amor, en el material que se presenta en estas páginas. Pero falta mucho, muchísimo, que ni siquiera he podido mencionar aquí, o que ni siquiera conozco. Porque la historia de ese amor divino-humano ha tenido, en estos veinte siglos, una riqueza y una variedad impresionante, ya en los documentos y resultados que han llegado hasta nosotros; y no digamos nada en tantas historias, vivencias y experiencias desconocidas.

Si estas páginas animan al lector, por lo menos, a acercarse directamente a una docena de esos tesoros –de esas vidas, de esos libros, de esas experiencias e ideas–, me daré por más que satisfecho; porque este manual no pretende ser más que una puerta de entrada al conocimiento de uno de los mayores tesoros –por no decir el mayor– que posee la humanidad en el inicio del tercer milenio: las historias y enseñanzas de los grandes *heraldos del Amor de Dios*.

Espero sinceramente que esas lecturas directas hagan disfrutar al lector como yo he hecho y hago cuando vuelvo una y otra vez sobre ellas y, más todavía, que nos ayuden a todos y a cada uno a tener también nuestra historia personal de amor con Dios, que culmine tan maravillosamente como la de esos santos y santas, aunque sea de forma anónima, como en la mayoría de ellos.